

“CONTENCIÓN SIN AISLAMIENTO”

Mario Sánchez Gumiel¹

¹Universidad de Alcalá de Henares, España

E-mail: msanchezgumiel@yahoo.com

Recibido: 2 Noviembre 2012 / Revisado: 7 Diciembre 2012 / Aceptado: 7 Enero 2013 / Publicación Online: 15 Febrero 2013

Resumen: En febrero de 2012 se cumplieron cuarenta años de la visita de Richard Nixon a China y, por tanto, de la reanudación de las relaciones sino-americanas que habían sido interrumpidas en 1949. Desde entonces, Estados Unidos y China han mantenido una recíproca política de contención y aislamiento, conscientes de sus diferencias, pero sabedores también de la necesidad de un entendimiento mutuo. Como consecuencia dicha política de contención y aislamiento, el océano Pacífico está transformándose, como el Atlántico después de la Segunda Guerra Mundial, en el nuevo escenario geopolítico del siglo XXI.

Palabras claves: Estados Unidos, China, Nixon, Mao, Deng Xiaoping, Taiwán, Chiang Kai-Shek, Contención, Aislamiento, Corea, Vietnam, Tian'anmen, URSS, Comunismo, Capitalismo.

En 1966, A. Doak Barnett, profesor en la Universidad de Columbia, definió la política de Estados Unidos hacia China como de “contención y aislamiento”, esgrimiendo la necesidad de llevar a cabo cambios en la misma para sustituirla por una de “contención, pero no aislamiento”¹. Tal expresión resume perfectamente lo que han sido los últimos cuarenta años de relaciones sino-americanas; resultado de una historia que mezcla, en los dos sentidos, admiración, necesidad de entendimiento y recelo.

Como bien señala Kenneth Weisdrobe², la línea de fondo que subyace en el actual debate sobre el futuro de Estados Unidos y China se sostiene en el supuesto de que el primero es una potencia en declive que colisionará con el país asiático y,

finalmente, deberá cederle su posición de primera economía mundial. Pero tales opiniones, que incurren en el historicismo que ya Popper se encargó de desmontar de manera brillante, parecen más empeñadas en describir un “qué ocurrirá” en vez de un “qué ocurrió” y empañan la posibilidad de acceder a un conocimiento más o menos objetivo, más o menos justo, de un hecho tan lleno de aristas como son las relaciones sino-americanas. El propósito del presente artículo es ofrecer un panorama general de dichas relaciones desde que, en febrero de 1972, el entonces presidente de Estados Unidos, Richard Nixon, y el líder chino, Mao Zedong se encontraran en Pekín.

Sin embargo, aunque esté aceptado que la historia de la relación sino-americana arranque en esa fecha, lo correcto sería afirmar que la misma, en verdad, se *retoma* en cuanto que, antes de la Segunda Guerra Mundial, las llamadas “Notas de Puertas Abiertas”^{*} o la política de Franklin D. Roosevelt, en los años 30, por convertir a China en su socio principal de Asia resultarían ejemplos de tratos existentes entre las dos naciones. Sí es nuevo, cierto, que ese encuentro de 1972 abre un período de tratos con la China *comunista*, los cuales, por otro lado, están condicionados por los acontecimientos precedentes.

Situar en el año 1949, con la toma de poder del Partido Comunista y el derrocamiento (y huida hacia la isla de Formosa, hoy Taiwán) de Chiang Kai-Shek, como un punto de partida de las relaciones sino-americanas es más adecuado. Desde entonces la relación entre ambos países puede dividirse en cuatro períodos: el primero, de 1949 a 1971, donde los dos países establecen un distanciamiento absoluto; el segundo, de 1972 a 1989, que se inicia con la ya mencionada

visita de Richard Nixon a Pekín y se caracteriza por la apertura de relaciones así como por el comienzo de las reformas económicas en China gracias a Deng Xiaoping; el tercero, de 1989 a 2000, con los sucesos de Tian’anmen y la caída del Telón de Acero como hitos destacados y en donde se acrecienta la relación económica en detrimento de la política; y el cuarto, desde el año 2000 hasta el momento presente, cuando China entra en la Organización Mundial del Comercio (OMC), se produce su explosión económica y Estados Unidos ve (supuestamente) menguar su poder, abriendo además el debate sobre China como nuevo centro económico mundial.

1. 1949 – 1971.

El decenio comprendido entre 1945 y 1955 enmarca los acontecimientos más importantes dentro de la historia reciente de Estados Unidos; aquél donde éste asume, y aprende, a liderar el nuevo orden internacional. Finalizada la Segunda Guerra Mundial, se convierte se convierte en enemigo ideológico irreconciliable de la URSS (con las subsecuentes consecuencias alrededor del globo), y pasa de la euforia de la victoria en dicha contienda al horror del fracaso en la guerra de Corea. La muerte de Franklin D. Roosevelt en 1945 hace llegar al poder, primero, a un hombre, Harry S. Truman (1945–1953), que consolida y expande el ideario rooseveltiano, y después, a Dwight D. Eisenhower (1953–1961), cuya independencia, a pesar de su vinculación con el Partido Republicano, desencadena indirectamente el germen de lo que luego, en los años sesenta y setenta, crecerá como el movimiento conservador que eclosionará políticamente en los ochenta con Ronald Reagan. Por su parte, China experimenta, en 1949, un cambio ideológico a la manera del que Rusia había llevado a cabo en 1917. Su abrazo del comunismo y la colocación de Mao como líder absoluto hacen que se convierta para Estados Unidos en un potencial (y poderoso) enemigo que puede llegar a desestabilizar la región asiática.

Tras dicha toma del poder por el Partido Comunista, el núcleo de la relación entre China y Estados Unidos empezará a girar entonces alrededor de la isla de Formosa. Como defensor de una China que entendía legítima, Estados Unidos centró su apoyo en Chiang Kai-Shek y en la protección de la isla. Además, lo ocurrido creó en el subconsciente colectivo

estadounidense un efecto psicológico de “miedo, frustración y furia”³ después de ver cómo la mencionada política de Roosevelt por hacer de China su socio preferente en Asia se rompía y cómo, entre 1949–1950, el que había sido su aliado en la Segunda Guerra Mundial se había convertido en un socio de la URSS, un enemigo y, en consecuencia, en una amenaza para el país y los ideales que representaba. Mantener Formosa significaba, así, el deseo de querer invertir lo ocurrido en 1949 y recuperar para los chinos un modo de vida que, entendían, les había sido arrebatado. La idea de que ese territorio, antes o después, fuera atacado por la China continental empujó a su asistencia, si bien en un principio la postura estadounidense fue (aún reconociendo Formosa y el carácter intrínsecamente chino de sus habitantes*) la de no hacerse cargo de la isla y estudiar de qué manera enfocar el futuro de las relaciones con los nuevos ocupantes del territorio continental.

De esos años surgió el calificativo del “peligro amarillo”, que se unió a la existente “amenaza roja” soviética. Estados Unidos consideraba a China un país poderoso y, militarmente, capacitado para invadir otros territorios, sin plantearse siquiera la posibilidad de que pudiera ser una nación pobre y dañada tras la guerra civil que había sufrido. Mao, además, fue muy insistente en dar una (falsa) imagen de amenaza a través de larguísima, y muy duros, discursos contra América. En un contexto internacional tan delicado como el que aconteció entre 1945 y 1955, y tratando de solucionar multitud de frentes abiertos, no se detuvo en disquisiciones; una actitud que se reforzó con los sucesos que acontecerían en Corea apenas nueve meses después de la llegada al poder del Partido Comunista.

El ataque norcoreano, el 25 de mayo de 1950, a través del paralelo 38, fue el hecho que cercenó cualquier posibilidad, por parte de Truman, de reconsiderar alternativas con China⁴. Aunque recién acabada la guerra civil su Secretario de Estado, Dean Acheson, había pretendido disociarse de los Nacionalistas (a los que acusaba de no haber sabido hacer frente a la lucha contra los comunistas) y abandonar la isla a su suerte⁵, lo ocurrido en la península coreana cambió su decisión. Como respuesta a dicho ataque, Estados Unidos declaró la *US Seventh Fleet* para defender Formosa, esgrimiendo el argumento de que cualquier ataque a la isla suponía una amenaza a las tropas de Estados

Unidos en el Pacífico⁶. En dicha declaración, se afirmaba, así, que

“el ataque a Corea establece (...) que el comunismo ha sobrepasado el uso de la subversión para conquistar naciones independientes (...) En estas circunstancias, la ocupación de Formosa por fuerzas comunistas sería una amenaza directa a la seguridad del área del Pacífico (...) La determinación del futuro estatus de Formosa deberá esperar a la restauración de la seguridad en el Pacífico, a un establecimiento de la paz en Japón, o la consideración de los Estados Unidos”⁷.

Entre julio y agosto de 1950, la cuestión de qué papel debía desempeñar la China continental en las negociaciones por resolver el conflicto coreano suscitó un debate de gran intensidad. El gobierno indio, por ejemplo, sugirió que el Partido Comunista fuera admitido en la ONU como parte de un movimiento hacia la solución coreana. El embajador americano en el Consejo General de la ONU, por su parte, afirmó en agosto que el objetivo era establecer una Corea unida; declaración que condujo al Primer Ministro Zhou En-Lai a manifestar, por vez primera, cuáles eran las preocupaciones de China por el conflicto que estaba aconteciendo. Si una armada de la ONU, dijo, dominada por Estados Unidos, decidía entrar en Manchuria, entonces Pekín ya no consideraría el conflicto bélico como una preocupación exclusiva de los norcoreanos y los soviéticos pues se estaría tratando de una invasión del territorio chino. El 7 de octubre, Estados Unidos cruzó el paralelo 38. El 14 y el 16 tropas chinas entraron en Corea y, el 2 de noviembre, atacaron a las estadounidenses.

El 24 de noviembre una delegación de la China continental llegó a Estados Unidos para tomar parte de las deliberaciones del Consejo de Seguridad. Su representante, Wu Hsiu-ch'üan, explicó, el 28 de noviembre, cómo veía su país el conflicto coreano. Repitiendo las palabras de Zhou En-Lai, pero cambiando Manchuria por Formosa, arguyó que, aún entendiendo que la lucha en Corea amenazara la seguridad china, podía asumir el no intervenir, pero el hecho de que Formosa estuviera protegida por los estadounidenses era también una forma de invadir China⁸. Mientras tanto, el General MacArthur, recién llegado de Japón, anunció su deseo de lanzar una ofensiva para acabar la guerra, la cual implicaría la entrada en territorio

chino mediante ataques nucleares. Un ataque de China a tropas de la ONU forzaría a éstas a retirarse, eventualmente, al sur del paralelo 38.

Truman logró, finalmente, persuadir a MacArthur de su intento de entrar en China, sustituyéndolo además por el mucho menos beligerante Matthew Ridgway. A la vez, rechazó la oferta de Chiang Kai-Shek de mandar tropas a Corea. Desoyendo las palabras de Zhou En-Lai y Wu Hsiu-ch'üan, blindó Formosa en febrero de 1951 al firmar el acuerdo de Asistencia de Defensa Mutua con los Nacionalistas. Si bien se pensó en una inmediata respuesta de China en virtud de lo expresado por ambos dirigentes, lo cierto es que a partir de entonces el fervor entre estadounidenses y comunistas chinos fue, poco a poco, congelándose y dando paso a la imagen del país asiático como una marioneta de la URSS. Dean Rusk, entonces Asistente del Secretario de Estado para Asuntos del Lejano Oriente, estableció (en una de las expresiones que mejor resumen lo ocurrido en estos años convulsos) que el régimen comunista no era el gobernante de China porque, simplemente, no eran chinos⁹. El “lobby” chino en Estados Unidos, partidario de Formosa, presionó en favor de esta idea, alimentando por años la idea de que era la isla quien hablaba, en verdad, en representación de todos los chinos.

La guerra de Corea finalizó en 1953, poco después de la muerte de Stalin, y, tras la firma del armisticio el 27 de julio, el conteo de víctimas reveló que Estados Unidos había perdido más de 33.000 soldados. Las cifras chinas, si bien no declaradas, se estimaron, según la ONU, en alrededor de 900.000¹⁰. El hijo de Mao estaba entre esos fallecidos. Para ambos países, además, el conflicto eliminó definitivamente cualquier posibilidad de reconsiderar la relación que en 1949 se había roto.

La visión de Estados Unidos como un país con intenciones imperialistas cegó a las autoridades chinas de encontrar algún punto de acuerdo. Por su parte, Estados Unidos vio cómo la Caza de Brujas liderada por el senador Joseph McCarthy abortaba también cualquier posibilidad de acercamiento a Mao. Como bien señala Michael Schaller, la persecución de individuos sospechosos de afiliación al Partido Comunista que se llevó a cabo en Estados Unidos a finales de los cuarenta y primeros cincuenta, alcanzó también a miembros del Departamento de Estado (a los que McCarthy hacía responsables

de “haber perdido China”¹¹). El 9 de febrero de 1950, durante un acto en Wheeling (Virginia Occidental), el senador por Wisconsin declaró tener “una lista de doscientos cinco nombres de la Secretaría de Estado; miembros del Partido Comunista (...) que, sin embargo, aún están trabajando y formando la política del Departamento...”¹². Aunque jamás llegó a rebelar ningún nombre que estuviera conectado con el Partido Comunista y el Departamento de Estado, para 1954 se había asegurado que no hubiera quedado “nadie, con experiencia en China, en la División del Lejano Oriente (*Far Eastern División*) del Departamento de Estado”¹³, persuadiendo además a que futuros estudiantes intentaran una especialización académica y profesional en temas chinos. De esta manera, a mediados de los años cincuenta, tanto Washington como Pekín se vieron presos de sus estereotipos sobre el otro, resultado sin duda del intenso clima internacional que había acontecido, tanto en el Pacífico como en el mundo en general, durante los últimos diez años¹⁴.

La llegada, en 1953, de Dwight D. Eisenhower a la presidencia de Estados Unidos tampoco produjo cambios en las relaciones con China. En 1954 se estableció el Tratado de Mutua Defensa con Taiwán y, en 1955, la Declaración de Formosa extendió la protección estadounidense a las islas colindantes que también estaban bajo control de los Nacionalistas (Quemoy, Matsu...). El estatus legal de isla, quedaba, de momento, “indeterminado”¹⁵. El refuerzo en el apoyo estadounidense a Taiwán se hizo bajo la convicción de que, antes o después, una fractura entre la URSS y China sería una realidad. Mantener el desarrollo de una China (Taiwán) independiente hasta que la “otra” se colapsara fue, en palabras del Secretario de Estado John Foster Dulles, la mejor manera de “mantener la presión sobre la China comunista y hacer su camino difícil mientras tiene como compañero a la Rusia Soviética”¹⁶. En 1954, durante las conversaciones en Génova para la resolución del conflicto en Indochina, Dulles se negó a estrechar la mano a Zhou En-Lai. Este momento, muy famoso, ejemplificó el grado de vacío que existía, por entonces, entre Estados Unidos y la China continental.

China, por su parte, tampoco dio muestras de mesura en sus escasos tratos con Estados Unidos y la hostilidad fue (también) la nota dominante de su política exterior. En el bienio de 1954–1955, por ejemplo, intentó forzar un acuerdo

entre Washington y Pekín mediante la presión militar en las islas Quemoy a fin de que dicho acuerdo rompiera los lazos entre Taipei y Washington. Tal estrategia fue, a posteriori, perjudicial para China, pues hacia 1955 Eisenhower, que se había planteado la posibilidad de establecer contactos entre los dos países a nivel de embajadores, abortó semejante proyecto ante lo sucedido. Otro conflicto similar, en 1958 en las islas Matsu, acabó por cerrar (más) un nuevo frente de posible diálogo entre China y Estados Unidos. Mientras, Washington empezó a reducir su apoyo militar a Taipei¹⁷; un apoyo que siempre implicó una permanente serie de restricciones ya que los Nacionalistas jamás tuvieron libertad de movimiento al depender militarmente de los americanos. Así, cuando el fracaso del Gran Salto Adelante debilitó a la China continental, a comienzos de los años sesenta, miembros del KMT trataron de convencer a Estados Unidos de atacar la costa y aprovecharse de dicha debilidad, a lo que Estados Unidos se negó¹⁸.

John Fitzgerald Kennedy (1961–1963) tampoco alteró sustancialmente la política practicada por Truman y Eisenhower. A pesar de representar un cambio generacional en el Ejecutivo, retuvo la idea de que una apertura hacia el país asiático significaría la rendición de Estados Unidos ante el comunismo y, además, ante un territorio sobre el que ya no había dudas que era pobre y estaba debilitado. Su sucesor, Lyndon B. Johnson (1963–1969) fue quien volvió a colocar a China en la agenda política norteamericana a través de la guerra de Vietnam, significando, aunque tíbilmente, el primer intento serio por acercar ambos países.

La creciente implicación de Estados Unidos en Vietnam tras 1964 llevó (de nuevo) la preocupación a Pekín respecto a lo que la amenaza americana podría suponer para China. A través del documento “*Long Live the Victory of People’s War!*”, en el que se conmemoraba el 20 aniversario de la derrota de Japón, Lin Piao, siguiendo instrucciones de Mao, presentó la guerra de guerrillas como el mejor método de defensa ante el enemigo y advirtiendo (en un discurso similar al que había acontecido respecto a Corea diez años atrás) que, en caso de entrada americana en China (o de una invasión a Vietnam del Norte), ésta estaría legitimada a defenderse¹⁹. Sin embargo, también empezó a surgir un creciente número de dirigentes que vieron improbable un ataque estadounidense, influenciados quizá por las noticias procedentes

de Estados Unidos en las que el Comité de Relaciones Internacionales del Senado (*Foreign Affairs Committee*) expresaba su intención de hacer cambios en su política respecto a China²⁰.

En medio de esa atmósfera contradictoria, Estados Unidos anunció, en abril de 1966, que permitiría la entrada en el país de estudiantes y científicos chinos; un gesto de buena voluntad que, no obstante, fue rechazado rápidamente por el país asiático. Dean Rusk, ahora Secretario de Estado, reiteró que sí había voluntad de mejorar relaciones con China y que no se contemplaba la posibilidad de ataques. La complicación en Vietnam, sin embargo, así como el hecho de que, en mayo de ese mismo año, China llevara a cabo su tercer test nuclear en su carrera por obtener la bomba H, o que la URSS insinuara que Pekín hablaba beligerantemente acerca del conflicto en el país asiático, pero en realidad estuviera feliz de continuar tratando con Washington²¹, complicó las cosas. Pekín, para acallar a la URSS, abortó hacia septiembre de ese mismo año todos los acercamientos a Estados Unidos, se plegó a las exigencias de los soviéticos y condenó duramente la acción norteamericana en Vietnam.

Para entonces China, desplazada del interés de la URSS por culpa de los acuerdos soviético-americanos tras la Crisis de los Misiles (1962), empezó a ser consciente de su distanciamiento con ésta, sufría los estragos del Gran Salto Adelante y estaba envuelta en la Revolución Cultural. Johnson, por su parte, veía cómo su mandato hacía aguas y el país, literalmente, se descontrolaba en medio de revueltas sociales, asesinatos políticos y un aumento progresivo de la delincuencia y la degradación de los núcleos urbanos. Ambas naciones siguieron, con todo, guardando las distancias, y aunque se invitó a corresponsales chinos a cubrir las elecciones presidenciales de 1968, y el Ministro de Justicia Nicholas Katzenbach, en un discurso del 21 de mayo del mismo años, reiteró que no había motivos para China de pensar en Estados Unidos como enemigo²², lo cierto es que, hacia el final de la Administración Johnson poco se había conseguido respecto al acercamiento entre ambos países. Richard Nixon llevaba, sin embargo, la cuestión china como un asunto prioritario en su campaña electoral.

2. 1972 – 1989.

“Estaría encantado de dar la bienvenida a Nixon a China, o como turista o como presidente”.

Mao Zedong a Edgar Snow (periodista estadounidense)

Diciembre, 1970.

“Estamos preparados para establecer un diálogo con Pekín. No podemos aceptar sus preceptos ideológicos o la idea de que una China comunista ejerza la hegemonía sobre Asia. Pero tampoco deseamos imponer a China una posición internacional que deniega sus intereses nacionales legítimos”.

Richard M. Nixon

[Segundo informe anual sobre política exterior, 1971²³]

Nada hacía presagiar que Richard Milhous Nixon (1913–1994), vicepresidente con Eisenhower y ferviente anticomunista con un conocido historial de declaraciones contra la “amenaza roja”, decidiera viajar a Pekín para normalizar relaciones entre China y Estados Unidos a finales de febrero de 1972. Semejante gesto significaba asumir una serie de aspectos que habían guiado la política de Estados Unidos durante los últimos veintidós años y que, en el nuevo contexto internacional, no podían seguir tratándose de la manera que se había hecho. Para China, a su manera, materializar un acuerdo con Estados Unidos era la constatación (también) de una serie de (urgentes) problemas que amenazaban al país y que debían resolverse de una manera pragmática.

¿Cuál fue ese escenario que movió a Estados Unidos y China a encontrarse? Nixon, el primer presidente estadounidense contemporáneo en ser consciente de la aparición de un orden internacional multipolar*, entendió que Estados Unidos no era capaz, como sí había creído Johnson, de hacer frente, solo, a todos los problemas que por entonces recorrían el mundo. Por su parte, China, víctima de sus revueltas internas y del fracaso del Gran Salto Adelante, había visto cómo en su relación con la URSS se abría una brecha que no sólo le repercutía económicamente al haber dejado de recibir ayuda económica y tecnológica, sino también políticamente al haberse convertido la frontera sino-soviética en una zona sensible por donde podía ser atacada con facilidad. Los acuerdos entre Estados Unidos y la URSS tras la Crisis de

los Misiles le habían marginado, además, a un papel residual para Moscú, con quien la inferioridad económica y militar le obligaba, implícitamente, a la obediencia. Además, los sucesos ocurridos en la Primavera de Praga habían llevado al Partido Comunista a constatar que, en caso de querer desprenderse de la influencia soviética, el país podría sufrir el mismo destino que en el Este de Europa²⁴.

Aunque la decisión de Nixon por acudir a China ya había tenido varios precedentes en la Cámara de Representantes²⁵, una primera visita de su Secretario de Estado, Henry Kissinger, a mitad de 1971 fue crucial para acelerar el encuentro entre Mao y el presidente estadounidense. A mediados de ese mismo año, Washington fijó que el ambiente de fondo entre China y Estados Unidos podía resumirse en:

- Una implicación de Estados Unidos en la guerra civil china, la cual había continuado mediante el reconocimiento del gobierno de Taiwán.
- El inicio de unos esfuerzos, junto con la URSS, por aliviar tensiones, caso de las conversaciones para la limitación de armas estratégicas (SALT).
- La existencia de una garantía de la seguridad de la China Nacionalista bajo el tratado de 1954 y la Resolución de Formosa de 1955, autorizando a los Estados Unidos para usar la fuerza en caso de ataque a Taiwán.
- El mantenimiento de las fuerzas estadounidenses en Taiwán.
- La existencia de una fractura ideológica sino-soviética, así como frecuentes choques militares en los límites comunes de ambos países²⁶.

Inevitablemente, el acercamiento sino-americano implicaba un cambio de actitud de Estados Unidos respecto a Formosa, que para 1972 se había convertido en un lugar muy diferente a 1949. Modernizado, con una economía próspera, parecía ser, además, capaz de defenderse por sí misma y, por tanto, la presencia de tropas estadounidenses no resultaba tan necesaria.

Los compromisos de este primer encuentro se plasmarían en el “Comunicado de Shanghai” (*The Shanghai Communiqué*), fechado el 27 de febrero de 1972, y en donde ambos países, aún reconociendo sus enormes diferencias, declararían que²⁷

“independientemente de sus sistemas sociales, deberían conducir sus relaciones bajo los principios del respeto por la soberanía y la integridad territorial de todos los estados, la no agresión contra otros (...), la no interferencia en los asuntos internos de otros (...), la igualdad y el beneficio mutuo, y la coexistencia pacífica. Las disputas internacionales deberían fijarse bajo esta base, sin hacer uso de la amenaza o la fuerza”.

y, acto seguido, acordar que:

“- el progreso hacia una normalización de las relaciones entre China y los Estados Unidos está en el interés de todos los países;

- ambos desean reducir el peligro de un conflicto militar internacional;
- ninguno debería buscar la hegemonía en la región del Asia-Pacífico y ambos se oponen a los esfuerzos de cualquier otro país o grupo de países a establecer tal hegemonía; y
- ninguno está preparado para negociar en nombre de un tercer partido, o para entrar en acuerdos o entendimientos dirigidos en otros estados”.

Para China, según el citado texto, la liberación de Taiwán era (es) “un asunto interno de China en el que ningún otro país tiene el derecho de intervenir”²⁸, rechazando además cualquier creación del tipo “ ‘una China, un Taiwán’, ‘una China, dos gobiernos’, ‘dos Chinas’, ‘Taiwán independiente’ (...)” o la recomendación de que el estatus de Taiwán debiera ser reconsiderado. Estados Unidos reafirmó que “reduciría progresivamente la presencia de sus fuerzas e instalaciones militares de Taiwán en cuanto la tensión en la zona disminuyera”²⁹. Ambos países plasmaron también su deseo de fomentar el comercio y las consultas periódicas mediante el intercambio de representantes. El objetivo a largo plazo era, además del beneficio mutuo, rebajar la tensión existente en la zona asiática.

A partir de entonces la relación entre Estados Unidos y China sufriría de cíclicos períodos de estancamiento y avance, pero jamás con la desconfianza de antaño. Aunque al principio hubo ausencia de relaciones diplomáticas formales, el comercio se desarrolló con relativa fluidez, así como los intercambios culturales y académicos. Pero esta (lógica) tibieza inicial, el

hecho de que, tras la dimisión de Nixon en 1974, Ford (1974–1977) focalizara más la *détente* en la URSS, y que el radicalismo desatado en el interior de China por ocupar la sucesión de Mao y Zhou En-Lai condujera al país a un nuevo (y posible) escenario de colapso, derivó en que, a mediados de los setenta, los contactos entre ambos países se contuvieran y, hacia 1976, la recién (re)nacida relación diera sus primeros síntomas de agotamiento.

En 1978, no obstante, la situación se solucionó. Por parte de China, gracias a Deng Xiaoping y la aparición de una nueva generación de líderes que decidieron continuar el sentido pragmático adoptado por Mao y Zhou En-Lai en 1972. Por parte de Estados Unidos, gracias a que el gobierno de Jimmy Carter (1977–1981) tuvo el suficiente capital político para asumir la arriesgada maniobra de terminar relaciones oficiales con Taiwán, retirar las fuerzas americanas de la isla y concluir, así, el Tratado de Mutua Defensa con Taipei y volcarse de lleno en la China continental. Así quedó expresado en respectivas declaraciones dentro de los “Documentos de Normalización de las Relaciones entre Estados Unidos y China” (*Documents on the Normalization of U.S.–China Relations*), fechadas el 15 y 16 de diciembre de 1978 y con entrada en vigor el 1 de enero de 1979, en donde Estados Unidos reconocía a “la República Popular China como el único gobierno legal de China (...) terminando relaciones diplomáticas y el Tratado de Mutua Defensa entre Estados Unidos y la República de China [Taiwán] (...), retirando su personal militar de Taiwán en un plazo de cuatro meses” y manteniendo con éste, desde entonces, “relaciones comerciales, culturales y de otro tipo sin representación gubernamental oficial y sin relaciones diplomáticas”³⁰. Mientras China calificaba el acuerdo de “histórico en las relaciones sino-americanas”, así como Taiwán de un “asunto enteramente interno”, la inminente visita de Deng Xiaoping, en enero de 1979, a Estados Unidos fue ofrecida por los mandatarios asiáticos como “promoción de la amistad” y una “prueba de las buenas relaciones entre los dos países”³¹.

Tanto Carter como Deng fueron muy criticados, bien en el Congreso estadounidense, bien dentro del Partido Comunista, por estos acuerdos (que dejaban a Taiwán en su actual limbo diplomático, pero a la vez tampoco colmaba la reclamación china), mas ambos mandatarios mantuvieron sus posturas³².

Cumpliendo entonces su palabra, a principios de 1979 ambos dirigentes se encontraron en Washington. Durante varios días, Deng acudiría al centro espacial Johnson, en Houston, así como a Seattle y Atlanta. Para entonces, Coca-Cola ya había anunciado la construcción de una planta en Shanghai, y Boeing ratificaba la venta de varios aviones 747 a las aerolíneas chinas. Entre 1978 y 1980 se produjeron también los primeros intercambios entre turistas, delegaciones militares y periodistas. Un fuerte optimismo flotó acerca de todo lo que estaba aconteciendo en el Pacífico, pero en 1981 la llegada de Ronald Reagan a la Casa Blanca volvió a enfriar la relación, y China, dudando otra vez de su alianza con Estados Unidos, se enfrascó en la búsqueda de una menor dependencia de su nuevo amigo.

Anunciado en su campaña presidencial, Reagan (1981–1989) reforzó relaciones con Taiwán hasta el punto de cuestionarse si éstas entraban en lo acordado acerca de lo que en 1978 se había entendido respecto a la isla como “oficial”. China, en su campaña por desarrollar una política exterior más autónoma, hizo que periodistas y estudiantes americanos regresaran a Estados Unidos mientras iniciaba una escalada de críticas hacia los defectos de la sociedad americana, en parte como esfuerzo por marcar límites a la liberalización política dentro de su territorio³³. Entre 1981 y 1983, la relación viviría, así, uno de sus peores momentos, entre otras cosas por el surgimiento de las exportaciones de los textiles chinos, las restricciones en las transferencias de tecnología americana a China y, sobre todo, la venta de armas y aviones de combate a Taiwán. Hubo siempre, sin embargo, un deseo por parte de ambos países por discutir el tema y cerrar un acuerdo satisfactorio para las (tres) partes.

En el *United States–China Joint Communiqué on United States Arms Sales to Taiwan* (17 de agosto de 1982), redactado tras diez meses de discusiones, Estados Unidos entendía que dicho acuerdo con Taiwán no era una cuestión diplomática, que se respetaba la soberanía e integridad del territorio chino y que la venta de armas no tendría una duración indefinida³⁴. China accedió a tal acuerdo tras reafirmar (otra vez) que Taiwán era un asunto exclusivamente suyo, pero esgrimiendo que dicho acuerdo era beneficioso, a largo plazo, para el establecimiento del orden en el Asia Oriental.

La situación volvería a normalizarse en 1984 gracias a una relajación, por parte de ambos países, de sus restricciones y sospechas, obteniendo como resultado un extraordinario cruce de mandatarios en apenas cuatro meses: el primer ministro Zhao Ziyang visitando Washington en enero; Ronald Reagan haciendo lo propio en Pekín en abril³⁵. A partir de 1985 se abrió un nuevo período de optimismo, con una China más abierta a la cooperación, acuerdos en coproducción de tecnología militar, el establecimiento de las primeras oficinas de fundaciones americanas en China, y los primeros proyectos de colaboración, verdaderamente fructíferos, entre estudiosos de ambos lados del Pacífico. Las autoridades del Partido Comunista expresaron, también por primera vez, su plena satisfacción con el estado de las relaciones sino-americanas. En Estados Unidos se desató la creencia de que los chinos ya vivían en el capitalismo y que la democracia estaba cerca³⁶; creencia que los sucesos de Tian'anmen demostrarían totalmente errónea.

3. 1989 – 2000.

Lo ocurrido en China entre abril y junio de 1989 supuso un nuevo (y muy duro) momento de crisis para las relaciones sino-americanas. Confluencia de distintos intereses (una creciente crisis económica, una alta inflación, un fuerte desempleo, la demanda de mayor libertad política), la manera en que se sofocaron los disturbios, sin embargo, devolvió a China su condición de país opresor y deshizo la imagen que de él se había construido en el exterior durante la década de los ochenta.

Para Estados Unidos, con la Administración de George H. W. Bush (1989–1993) recién empezada, afrontar cómo seguir tratando al país asiático fue un tema delicado que llegó incluso a marcar una fuerte brecha entre el Congreso y la Presidencia. Mientras ésta abogaba por continuar con la dinámica establecida desde 1972, el Congreso demócrata empezó a hacer énfasis en el tema de los derechos humanos como requisito para mantener la relación³⁷. En China, los miembros más conservadores del Partido Comunista entendieron que lo que había ocurrido en Tian'anmen era “una deliberada estrategia de los Estados Unidos por desestabilizar China a través de la penetración cultural, la subversión ideológica, e incluso el control económico”³⁸ mientras que otros, sin apelar a la idea de una invasión directa intencional, se apresuraron a advertir de los

peligros que suponían tratar con un país, Estados Unidos, con valores e instituciones tan diferentes a los suyos³⁹.

A finales de 1989, sin embargo, ambos países tenían claro que la relación debía renormalizarse. La caída del Muro de Berlín y el posterior derrumbe de la URSS en 1991 acarrearón también a Estados Unidos la pregunta de si la relación con China, surgida como un contrapeso a la amenaza soviética, seguía entonces teniendo sentido. Como afirma Hummel, del triángulo formado por la URSS, Estados Unidos y China, éste había sido el único que no había tenido la oportunidad de librarse realmente del primero⁴⁰ en cuanto era ideológicamente afín. ¿Tenía esa función de contrapeso sentido en 1991? Estados Unidos sopesó dicha cuestión, pero la constatación de los avances en Asia Oriental, viviendo un período de estabilidad, le hicieron entender que China tenía ahora un rol muy distinto al de 1972 y que mantener las relaciones tal y como estaban era algo positivo. Nixon, por entonces retirado, fue uno de los más fervientes defensores de volver a la situación existente con China, y gran parte del Partido Comunista reclamó su presencia como intermediario para subsanar el bache entre ambos países.

Bill Clinton (1993–2001), que tuvo la ventaja de liderar Estados Unidos en un mundo donde la Guerra Fría había desaparecido, pero también el inconveniente de no poseer referentes sobre cuál habría de ser el papel del país en dicho nuevo escenario, decidió primar lo económico a lo militar para mantener el poder estadounidense a lo largo del globo. Consciente del creciente peso asiático, decidió usar las reuniones del APEC (Cooperación Económica Asia-Pacífico) para encontrarse con su homólogo chino, Jiang Zemin, y fijar la idea de que la presencia de Estados Unidos en dicho foro era fundamental para empujar las relaciones sino-americanas. China, superado el obstáculo de Tian'anmen, aceptó de buen grado ese viraje de Estados Unidos por potenciar lo comercial en detrimento de lo político. Empezó a tejer su actual aspecto de costas superpobladas y altamente urbanizadas (Shanghai, Guangzhou), recuperando además, en 1997, los territorios de Hong Kong y Macao.

Durante toda la década registró un promedio del 10% del crecimiento de su PIB, y se convirtió en el primer productor mundial de productos como bicicletas, lavadoras o televisores. Estados Unidos, por su parte, a pesar de iniciar la década

con una recesión económica, terminaría la misma con superávit, liderando la entrada en el mundo de las nuevas tecnologías y viviendo, posiblemente, los últimos (hasta el momento) días felices de su historia reciente. Entre octubre y noviembre de 1997, Jiang Zemin visitó Estados Unidos y, en junio y julio de 1998, Clinton hizo lo propio en China, firmando además su apoyo a la entrada del país asiático en la OMC. El 24 de mayo de 2000 el Congreso estadounidense dio luz verde al proyecto y el 11 de diciembre de 2001 China entró en la OMC.

Taiwán siguió siendo, pese a todo, un tema aparte, registrando al menos tres momentos de conflicto (julio de 1995, marzo de 1996 y julio de 1999) causados por una serie de maniobras militares chinas para intimidar el (creciente) avance de la causa independentista en la isla. La visita privada a Estados Unidos del entonces presidente taiwanés Lee Teng-hui, el 10 de junio de 1995, así como el suministro de armas defensivas al ejército por si llegaba a producirse una invasión desde el continente llevaron (de nuevo) a China a advertir a Estados Unidos que no alentara el rechazo de la isla a la unificación con China. El 8 de mayo de 1999 se produjo otro frente de conflicto entre Estados Unidos y China, esta vez con Europa como escenario, al producirse el bombardeo, accidental, por la OTAN de la embajada china en Belgrado durante los ataques contra Serbia por la crisis de Kosovo. Hacia mitad de mes, una serie de llamadas telefónicas entre Clinton y Jiang Zemin solucionaron el enfrentamiento.

4. 2000 – 2012.

El ataque, el 11 de septiembre de 2001, sufrido por Estados Unidos por la organización terrorista Al-Qaeda, y la entrada, tres meses después, de China en la OMC, definen el grueso de la relación entre Estados Unidos y China durante la primera década del siglo XXI. Aunque George W. Bush (2001–2009) consideró, recién elegido presidente, a China como “competidor estratégico”, lo ocurrido tras los atentados acabaron por reforzar la colaboración entre ambos países. El país asiático, junto con Moscú, ofreció toda su ayuda, “incluido el suministro de información y la autorización de su espacio aéreo” para apoyar “la decisión de Washington de actuar en Afganistán en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (...) ayudando a convencer a Pakistán (...) a que cooperara con los americanos”⁴¹. Igualmente, la visita de Bush a

Pekín en febrero del 2002 sirvió para volver a ratificar, por su parte y por la del presidente Jiang Zemin, que ambos países compartían intereses comunes si bien, como en anteriores ocasiones, también hubo puntos de desacuerdo.

La entrada de China en la OMC ha significado el empujón que el país necesitaba para consolidar su crecimiento económico, el cual, habiendo coincidido además con la crisis japonesa de los noventa y 2000, ha hecho que, a mediados de 2010, el país asiático fuera considerado la segunda economía mundial. La crisis económica desatada entre finales de 2007 y comienzos de 2008 ha dañado en exceso a Estados Unidos mientras que China, pese a un primer momento de dificultad, ha conseguido salir más o menos indemne. Lo reciente de todos los acontecimientos hace, sin embargo, que establecer una valoración objetiva y desapasionada sea, por el momento, complicado. El perfil bajo, tanto de Jiang Zemin como de Hu Jintao por parte de China, como de George W. Bush en Estados Unidos, ha hecho que, en el momento en que las relaciones sino-americanas funcionan mejor que nunca, se carezca de líderes capaces de asumir los riesgos que, antaño, gente como Nixon, Mao, Deng o Carter asumió. Superados los peores momentos de dicha relación, cuando ambos países han asumido cuán diferente es su homólogo, es cuando han surgido las voces (europeas en su mayoría) clamando por lo que será el fin de la hegemonía (imperio) estadounidense y el auge (pacífico) chino.

La Administración de Barack Obama (2009–?), ha estado enfocada en llevar a cabo lo que la anterior Administración Bush pareció no entender desde el principio: que, aprovechando su geografía privilegiada, Estados Unidos, en el siglo XXI, debe construir el centro geopolítico internacional en el Pacífico. Y así, en el número de noviembre 2011 de la revista *Foreign Policy*, la Secretaria de Estado Hillary Clinton en un artículo claro, conciso y bien estructurado, exponía las líneas de actuación de Estados Unidos respecto al área del Pacífico, subrayando ante todo el deseo y compromiso de

“construir una red de asociaciones e instituciones [...] tan permanente y consistente con los intereses y valores americanos como la red [...] construida a lo largo del Atlántico”⁴².

En primer lugar, Clinton reconoce que en las actuales relaciones sino-americanas hay interpretaciones erróneas a ambos lados del océano. Mientras los estadounidenses ven el progreso chino como una amenaza para los Estados Unidos, en China existe la creencia de que América busca restringir el crecimiento chino⁴³. Por tal motivo, desde el 2009 ambos han estado buscando puntos comunes de interés para crear un marco de credibilidad mutuo, fomentar la actitud del país asiático en una participación más activa a la hora de solucionar asuntos de alcance global, aumentar la transparencia y reducir el riesgo de errores de cálculo entre sus aparatos militares, estrechar la colaboración con China para gestionar los problemas de seguridad regional y global, y asegurar un fuerte, sostenido y equilibrado crecimiento global futuro en el que se incluyan, entre otras cuestiones, asuntos como la eliminación de una discriminación injusta contra compañías estadounidenses y de otras nacionalidades a favor de empresas nacionales⁴⁴.

Estados Unidos no está, por tanto, parado respecto a China, sino trabajando en preparar el marco en el que China será la otra potencia a considerar. Igualmente, su “merma” de poder no es, en absoluto, sinónimo de ausencia de influencia sobre la región del Pacífico. Tanto él como China están siguiendo la tónica habitual de una relación ininterrumpida que dura ya cuarenta años, y cuyo resultado es, aún con todo, el mayor acercamiento que ha habido nunca entre ambas naciones. Al final, lo que aparece es un escenario que nunca se ha producido en la historia, a saber, la presencia de dos grandes potencias a ambos lados del Pacífico donde sus influencias e intereses son muy grandes y a las que un enfrentamiento supondría un riesgo considerable. Por ello, el cúmulo de relaciones presente entre Estados Unidos y China viene a representar, más que un “enfrentamiento”, un ejemplo de cuán fluidas e interconectadas están las mismas. De la intensidad de esas relaciones en ese escenario que es el Asia Oriental, de lo novedoso del momento que es ver a China y Estados Unidos como principales potencias mundiales, de la oportunidad de asistir a la construcción de un nuevo escenario geopolítico surge la perspectiva maniquea, fuertemente historicista, del auge de una potencia a favor de otra.

Las relaciones sino-americanas, con todo, no han concluido, y su actual estrechamiento deja a una serie de países (Japón, Corea del Sur,

Filipinas o Tailandia) en una posición de incertidumbre. Erróneamente, se dice que la lógica natural de éstos debería llevarles a adherirse a la órbita de China. Este mensaje, geográficamente determinista, ignora a su vez la relación que dichos países mantienen con Estados Unidos, con mucho más profunda y duradera que la que puedan tener, más allá de lo comercial, con China.

Es, sin embargo, Taiwán el que seguirá siendo, a la larga, el gran punto de conflicto entre Estados Unidos y China, lo que de alguna manera sigue significando un anclaje, por parte de ambos países, en 1949. Sus posturas hacia la isla siguen estando claras. Mas la cuestión, aquí, en un plano puramente especulativo, es saber qué quiere la propia Taiwán, quien durante años ha pasado de estar en la ONU a no ser reconocido internacionalmente o a ver cómo se hablaba *con naturalidad* de su vuelta a China. Desde la llegada al poder de Ma Ying-jeou en 2008, Taiwán y China han reforzado, cierto, su interdependencia económica, haciendo que Taipei invirtiera, en 2010, más de 12.230 millones de dólares en la zona continental y acordando el ECFA (Acuerdo Marco de Cooperación Económica)⁴⁵. Por su parte, ese mismo agosto Estados Unidos autorizó a empresas americanas la venta directa de armas a la isla, así como de servicios de mantenimiento de sistemas de defensa electrónicos, prescindiendo del control del gobierno taiwanés (el sistema *Foreign Military Sales* (FMS)), más seguro, más transparente, pero más caro para el comprador⁴⁶.

En cuanto a China, aprobada su ley antisecesión en 2005, sigue sin descartar el uso de la fuerza militar para hacerse con la isla⁴⁷. La posición de Taiwán, sustentada en el “Consenso de 1992”⁴⁸, se resume en la no unificación, la no independencia y el no uso de la fuerza. Para China, Taiwán es el remanente de una herida, la constatación de que, a pesar de su fuerza, hay todavía una parte (física) que le recuerda que su intento de volver a ser el reino que era antaño no está completo. Para Estados Unidos, significa el mantenimiento de una responsabilidad en el Pacífico acerca de una situación que nunca llegó a producirse, pero también un recordatorio para China de que es una potencia en el Pacífico con la que debe seguir tratando le guste o no. Para Taiwán, tal declaración es la vía para reclamar su (im)posible independencia. Porque, quiera reconocerse o no, desde 1949 la isla ha desarrollado una identidad propia y esa

identidad se ha ignorado de manera sistemática. A pesar de sus avances, tanto Estados Unidos como China siguen en 1949 y, en ese sentido, sólo Taiwán parece que ha evolucionado.

Conclusiones.

La relación entre Estados Unidos y China es, hoy, más estrecha que nunca. A pesar de las inevitables tensiones producidas, ni siquiera antes de la Segunda Guerra Mundial sería posible encontrar un grado de colaboración aproximado.

Mucho se ha hablado de cómo encajará Estados Unidos el hecho de que China le iguale económicamente, pero apenas se menciona cómo aceptará China que Estados Unidos sea su contrapeso. Las palabras de Hillary Clinton acerca del temor de los estadounidenses a que China sea una amenaza a su desarrollo, así como del recelo de los chinos a que Estados Unidos suponga un freno a su crecimiento, son perfectamente ilustrativas de la verdadera línea de fondo que siempre ha subyacido en las relaciones sino-americanas y de la que se deriva, en los dos sentidos, la contención sin aislamiento de la que, casi como una premonición, habló el profesor Barnett en 1966. No se trata, como dicen, de una segunda Guerra Fría porque el aspecto ideológico está, aunque presente, totalmente aplastado por la cuestión comercial que Bill Clinton trabajó a fondo durante su mandato y que China apoyó plenamente. A lo que se está asistiendo es a la construcción del Pacífico como un nuevo marco geopolítico donde se desarrollarán las grandes decisiones del siglo XXI de la misma manera que ocurrió con el Atlántico a finales de los años cuarenta y primeros cincuenta.

Queda entonces esperar qué grado de responsabilidades se asumirá por cada parte. Saber si Estados Unidos (sumido actualmente en una nociva atmósfera de depresión y misticismo que, aunque objeto de otro debate, sin duda supone la raíz de su estancamiento como nación emprendedora) seguirá la línea emprendida por la Administración Obama, sean quienes sean los que ocupen la Casa Blanca en los próximos años; o si China, viviendo diplomáticamente un punto de inflexión, consciente de su creciente poder e influencia, pero renuente a asumir las responsabilidades que su (futuro) estatus requerirá, asumirá, en efecto, su nueva condición de potencia regional y global; aspecto en el que es totalmente novata. Si, en resumen,

⁴⁸ ambos países seguirán practicando sus políticas de contención sin aislamiento que, con todas las dificultades, los han conducido durante los últimos cuarenta años y que han creado el escenario del que hoy se es testigo.

Notas:

¹ Cit. en MacFarquart, Roderick et al., *Sino-American relations, 1949-71*. New York, Praeger Publishers, 1972, 213.

² Véase Weisdrobe, Kenneth. "China y Estados Unidos, ni socios ni rivales". *La Vanguardia Dossier*, 40, 63; y "China y Estados Unidos, un legado familiar". *La Vanguardia Dossier*, 28, 87-92.

* Establecidas en 1899 como parte de su política exterior hacia China, las Notas de Puertas Abiertas surgen como consecuencia del miedo de Estados Unidos a que el reparto de tierras del país asiático por parte de potencias europeas (Francia, Alemania, Reino Unido, Italia y Rusia) y Japón pudiera perjudicar sus intereses. El Secretario de Estado John Hay envió diversas misivas a dichos países pidiéndoles que defendieran la integridad territorial y administrativa de China, y no interfiriendo con el uso libre de los puertos chinos ubicados dentro de sus esferas de influencia.

³ Mansfield, Mike, "China and the United States: an agenda for action" en Francis O. Wilcox (ed.), *China and the Great Powers. Relations with the United States, the Soviet Union, and Japan*. New York, Praeger Publishers, 1974, 51.

* Así lo expresó el entonces Secretario de Estado Dean Acheson en su "Letter of Transmittal" (30 de julio de 1949) cuando negó que la revolución maoísta pudiera conectar con la identidad china, siendo (como decía) una maquinación soviética.

⁴ MacFarquart, Roderick et al., *Sino-American relations...*, op. cit., 59.

⁵ Ibid., 62-63.

⁶ Ibid., 78.

⁷ Ibid., 78.

⁸ Ibid., 81.

⁹ Ibid., 82.

¹⁰ Ibid., 82.

¹¹ Schaller, Michael. *The United States and China in the Twentieth Century*. New York-Oxford, Oxford University Press, 1979, 128.

¹² Ibid., 129.

¹³ Ibid., 130.

¹⁴ Sobre la percepción que ambos países tenían del otro, véanse los capítulos 3 y 4 de Oksenberg, Michel y Oxnham, Robert B. (ed.), *Dragon and the eagle. United States-China relations: Past and future*. New York, Basic Books, 1978, 54-106.

¹⁵ Harding, Harry. *A fragile relationship. The United States and China since 1972*. Washington D.C., The Brookings Institution, 1992, 27-28.

¹⁶ Chang, Gordon H., *Friends and enemies: The United States, China, and the Soviet Union, 1948-1972*. Stanford University Press, Stanford, 1990, 85. Cit. en <ibid., 29>.

¹⁷ Harding, Harry. *A fragile relationship...* op. cit., 30.

¹⁸ *Ibid.*, 29-30.

¹⁹ MacFarquart, Roderick et al. *Sino-American relations, 1949-71*. op. cit., 213.

²⁰ *Ibid.*, 213.

²¹ *Ibid.*, 215.

²² *Ibid.*, 216.

²³ Congressional Quarterly, *Nixon: The third year of his Presidency*. Washington D.C., Congressional Quarterly, 1972, 33.

* Lo “multipolar” según Nixon significaba la construcción de centros de poder a lo largo del globo en el que cada uno detentaría un área de influencia, permitiendo a Estados Unidos relajar su presencia en el mundo a favor de otras potencias. Esos centros de poder serían los Estados Unidos, la URSS, Japón, Europa Occidental, Reino Unido y China. Cit. en <Schaller, Michael. *The United States and China in the... Twentieth Century*, New York-Oxford, Oxford University Press, 1979>. Para un análisis de Nixon y lo multipolar, véase Small, Melvin. *The presidency of Richard Nixon*. University Press of Kansas, 2003>.

²⁴ Harding, Harry. *A fragile relationship...* op. cit. 35.

²⁵ Mansfield, Mike, “China and the United States: an agenda for action” en Francis O. Wilcox (ed.), *China and the Great Powers. Relations with the United States, the Soviet Union, and Japan*. New York, Praeger Publishers, 1974, 55.

²⁶ Congressional Quarterly, *Nixon: The third year of...* op. cit. 32-33.

²⁷ *The Shanghai Communiqué*. Cit. en <Harding, Harry, *A fragile relationship...* op. cit. 375.>

²⁸ *The Shanghai Communiqué*. Vid. <Harding, Harry. *A fragile relationship...* op. cit., 376>.

²⁹ Harding, Harry. *A fragile relationship...* op. cit., 376.

³⁰ *United States Statement on Diplomatic Relations Between the United States and the People’s Republic of China, December 15, 1978*. Cit. en <*ibid.*, 380>.

³¹ *Statement of the Government of the People’s Republic of China in Connection with the Establishment of China-U.S. Diplomatic Relations*. Cit. en <*ibid.*, 381>.

³² *Ibid.*, 6.

³³ *Ibid.*, 7.

³⁴ *Statement [of President Reagan] on United States Arms Sales to Taiwan*. Cit. en <*ibid.*, 386>.

³⁵ *Ibid.*, 7.

³⁶ *Ibid.*, 8.

³⁷ *Ibid.*, 241.

³⁸ *Ibid.*, 245.

³⁹ *Ibid.*, 245.

⁴⁰ Hummel, Jr., Arthur W., “New dynamics in China-United States relations”, en Frank J Macchiarola. y Robert B. Oxnam (ed.), *The China challenge. American politics in East Asia*. New York, The Academy of Political Science, 1991, 164-165.

⁴¹ Jian, Chen, “De la Guerra Fría al 11-S. Cambios en las relaciones internacionales en Asia Oriental”, *La Vanguardia Dossier*, 2, 33.

⁴² Clinton, Hillary, “America’s Pacific century. The future of geopolitics will be decided in Asia, not in Afghanistan or Iraq, and the United States should be right at the center of the action.” *Foreign Policy*. November, 2011, 58.

⁴³ Clinton, Hillary, “America’s Pacific century...”, op. cit., 59.

⁴⁴ Clinton, Hillary. “America’s Pacific Century...”, op. cit., 59-60.

⁴⁵ Ríos, Xulio. “Taiwán versus República de China, ¿ser o no ser?” *La Vanguardia Dossier*, 40, 78-83.

⁴⁶ *Ibid.*, 82.

⁴⁷ *Ibid.*, 82.

⁴⁸ Encuentro entre autoridades de la China continental y Taiwán en el que se acordó que ambas partes admitían la existencia de una sola China, pero de la que tenían opiniones divergentes. Desde entonces, se ha considerado dicho consenso como el más próximo a los intereses de ambas partes y el único que ha permitido a Taiwán una cierta libertad.